

LOS COMBATIENTES

HOJA DE LOS FRENTES DE GUADALAJARA Y LA SIERRA

Núm. 5 O Tercer Año Triunfal

1 de Agosto de 1938

Gratuito para el combatiente

No preocuparse

A veces no podemos menos de reír ante los comentarios de algunas gentes de la retaguardia. Están obsesionados con lo que pasará el día de la terminación de la guerra y con las dificultades que nuestro retorno puede traer para el normal desenvolvimiento de la sociedad.

A esas gentes temerosas y faltas de fe las decimos: Por nosotros, no preocuparse.

Muchos de los que aquí están, es cierto, han sufrido quebrantos materiales.

Aquél ha retrasado un año sus estudios. Este, recién constituida una familia, se ve obligado a abandonarla y, así, desaparecen sus primeros sueños de esposo. Otro, adquiere vocaciones diversas contrarias a las que siempre tuvo.

Y, sin embargo, repetimos, por nosotros no preocuparse.

Nos consideramos suficientemente recompensados de las pérdidas.

Porque hemos conocido lo que significa el nombre de España.

Porque hemos adquirido un modo de vivir basado en la disciplina y en la hermandad, hechas en la dificultad y en el peligro.

Y, sobre todo, porque sabemos, sin recelo, distinguos, ni reparos, OBEDECER.

Con esto, nuestra vuelta a la Paz no presentará dificultades insuperables.

De la misma manera que en el combate el soldado obedece al oficial y éste al jefe y el jefe a Franco, en esa relación jerárquica nos reintegraremos a nuestros puestos de trabajo el día del triunfo.

Y si nuestra cualidad de combatiente nos da preferencia—no privilegios, derechos de excepción, que no los queremos—y esa preferencia es concedida por quien puede y considera conveniente hacerlo, la aceptaremos, de igual manera y con el mismo respeto y subordinación que si se tratara de un sacrificio o una orden militar dura y peligrosa.

He aquí, pues, una condición que deben de adquirir esos «obsesionados» con «lo que harán» después los que están en el frente: la de obedecer... y la de callarse.

Y, desde luego, nada de consejos, ya que no los hemos de seguir.

Estamos hechos a obedecer, conocemos al que manda y sabremos seguir en la obediencia.

¡Centinelas!

Para nosotros la hora de guardia es sagrada: ni la naturaleza ni los hombres logran que en ese tiempo el centinela abandone su puesto.

Siempre firmes, medio ocultos en el parapeto, con el fusil en la mano y envueltos en las mantas si hace frío, o con el torso desnudo bajo el azul del cielo en las noches de verano, ni un minuto llegó el cansancio y la fatiga a cerrar nuestros ojos. ¡Somos centinelas de la vanguardia española y bien sabemos nuestra misión!

En la loma cercana, en aquellos montes, están las avanzadas enemigas; durante la noche tranquila se oyen sus voces. Si nos dejamos dominar por el sueño, si llegan a cerrarse nuestros ojos, sólo Dios sabe la suerte que podríamos correr.

Al ver cómo cumplen estos camaradas de la primera línea con su deber; al sentir por la noche cómo la caricia del sueño quiere dominarles sin conseguirlo nunca, me acuerdo de vosotros, amigos de la ciudad, para preguntaros desde este parapeto desde donde se puede encontrar la muerte, si vosotros también sois verdaderos centinelas de la España nueva. También vosotros—hombres en tierra de paz—tenéis misión sagrada que cumplir. No creáis que con vestir un uniforme lo tenéis hecho todo. Es preciso que vuestros actos, absolutamente todos, vayan siempre encaminados a conseguir la España Una, Grande y Libre.

En los pueblos tranquilos, en vuestras ciudades, salís durante la noche en patrullas por las calles; pero eso es muy poco, hace falta más: vuestros fusiles pierden en aquel ambiente de paz la emoción guerrera si no la alienta la nueva consigna de la Patria, el Pan y la Justicia.

¡Y qué bien se aprende aquí la lección de la Patria, el Pan y la Justicia! Es la Patria ese pedazo de tierra que defendemos palmo a palmo; son las calamidades de estos pueblos medio en ruinas, y es ese horizonte de montañas que vemos a lo lejos y que nos hablan con su silencio de nuestros muertos.

El pan sabroso de cada día hace eficaz nuestra oración. Es el pan moreno de trigo, igual para todos. Aquí, en esta vida castrense y jerárquica, no hay privilegios para nadie; a la Milicia auténtica, con su sentido religioso y militar, con su profundo sentido de servicio y sacrificio.

Sólo la esperanza de una Patria más justa nos mantiene firmes en nuestro puesto. No lo olvidéis vosotros—centinelas en tierra de retaguardia—, cumplirlo y hacerlo cumplir a los demás para que en ese mañana con el que todos soñamos—terminada la guerra—sea la Patria, el Pan y la Justicia el abrazo que a todos nos una para siempre en España.

E. B. Z.

II.ª Bandera de Castilla.

Un mensaje del Kaid Ben Brahin al Generalísimo

Loor a Dios Unico.

Su sabiduría está sobre todas las cosas, y a fuerza de su brazo es mayor que la fuerza de todos los guerreros. Sus manos formaron las montañas, y cavaron el mar y colgaron las estrellas; y sus dedos abren las rosas todos los días.

Nuevo y grande Emir de la hermana y noble nación española, General Franco.

Saludos.

Yo quiero enviaros, perfumada como el aroma de una antigua amistad, mi salutación por vuestra elevación de los escogidos y de los amados de Dios.

Si estuviérais cerca, yo os enviaría también dátiles dorados y leche fría, como ya alguna vez os ofrecí en mi aduar, a la puerta de mi casa.

Los días son como los pájaros que pasan volando. Mi barba ha encanecido algo desde que os vi por vez primera. Erais joven y montabais un caballo blanco y corríais sereno al estruendo del combate, siempre entre los primeros. Y siempre a la caída del sol retornabais victoriosos al frente de vuestra gente. Vuestro brazo era fuerte como el acero, y vuestro corazón era como el corazón de los que invocan a Dios. Vuestra inteligencia como un águila en comparación a una banda de gorrones. Mucha gente de la montaña se admiraba de que nunca muriérais en la lucha, ni que siquiera perdiérais un brazo o una pierna, porque a vuestro caballo apuntaban muchos fusiles escondidos entre la graba, que deseaban matar a vuestro caballo para matar luego al ginete.

No podíais morir; ahora lo veo claro, como el que despierta de un sueño.

La mano misericordiosa del que todo lo puede defendía tu pecho, porque te guardaba para hacerte el Emir glorioso de España. Y ya lo eres. Ahora guiarás a España y a nosotros con las riendas del conocimiento y de la piedad por los caminos de la gloria y del bien, igual que el beduino guía a su camello cargado de telas preciosas y de tesoros, por las sendas borradadas del desierto. Dios concede a los mejores la honra de salvar a los suyos de los mayores peligros, para que los pueblos no sucumban y para que el bien permanezca sobre la tierra; para que siempre haya quien glorifique a Dios en la hora de la oración.

Yo no he podido, por mi edad y por mis achaques, ir a guerrear contra los demonios, a tu lado; pero he aconsejado a todos que lo hagan y que te sigan, porque tu llevas en tu espada la fuerza y llevas la victoria sentada a la grupa de tu caballo. Porque tú rezas el nombre bendito de Dios y sabes sus mandatos y los cumples. Dios ha extendido su mano sobre tu cabeza y no la quitará nunca de sobre ella. Por eso España puede estar contenta y las gentes del Mogreb también lo están, sobre todo yo, que te hablé muchas veces y me honro con tu amistad y la paz.

MADRE...

¡Viva Franco!

¡Arriba España!

Mujer, ¿no oyes sus cánticos? Por todos los vientos de España resuena este grito: ¡Victoria... Victoria y Paz!

Los caídos presiden el desfile. Cientos, miles. Banderas y nombres de héroes. Infinitos en amor a la Patria. Honor y gloria.

... Aquél es tu hijo. Tu esposo. La enseña de su regimiento salpicada de sangre. Un soldado que quiso por la herida abierta me-

terse hasta dentro, hasta el corazón, la bandera de España.

... ¡Rompan filas!... ¡FRANCO! CO!!

... ¡Hijo!, ahora la Paz.

¡Sí, Mujer; pero la Paz nuestra, la Paz del soldado. El campo, el arado, la copla del anochecer, el beso rápido y robado a la novia. La Paz. El trabajo. Hemos de reconstruir España.

¡¡Madre!!, he encontrado otra Madre; grande, profunda. Los que cayeron nos enseñaron a conocerla y amarla.

Mujer: ahora, mañana, siempre, esperando una orden. En la constancia y vigilancia del soldado.

Madre... MUJER... ¿Escuchas?... ¡¡A FORMAR!!

Adiós... ¡VIVA FRANCO!... ARRIBA ESPAÑA!

La guerra

Que nadie hable del enemigo que «corre», ni del miliciano rojo que huye cobardemente. No es verdad. Frente a nosotros hay un enemigo fuerte, que resiste y ataca, que lucha y muere. Y precisamente por ello nuestros triunfos tienen una mayor importancia y un más excepcional valor.

Avanzar y ganar kilómetros; reconquistar extensas zonas y hacer nuestras poblaciones importantísimas sin enemigo material, sería cosa que no merecería la pena de relatar, ni implicaría heroísmo en nuestros muchachos, ni sus acciones guerreras serían dignas de la más firme admiración mundial.

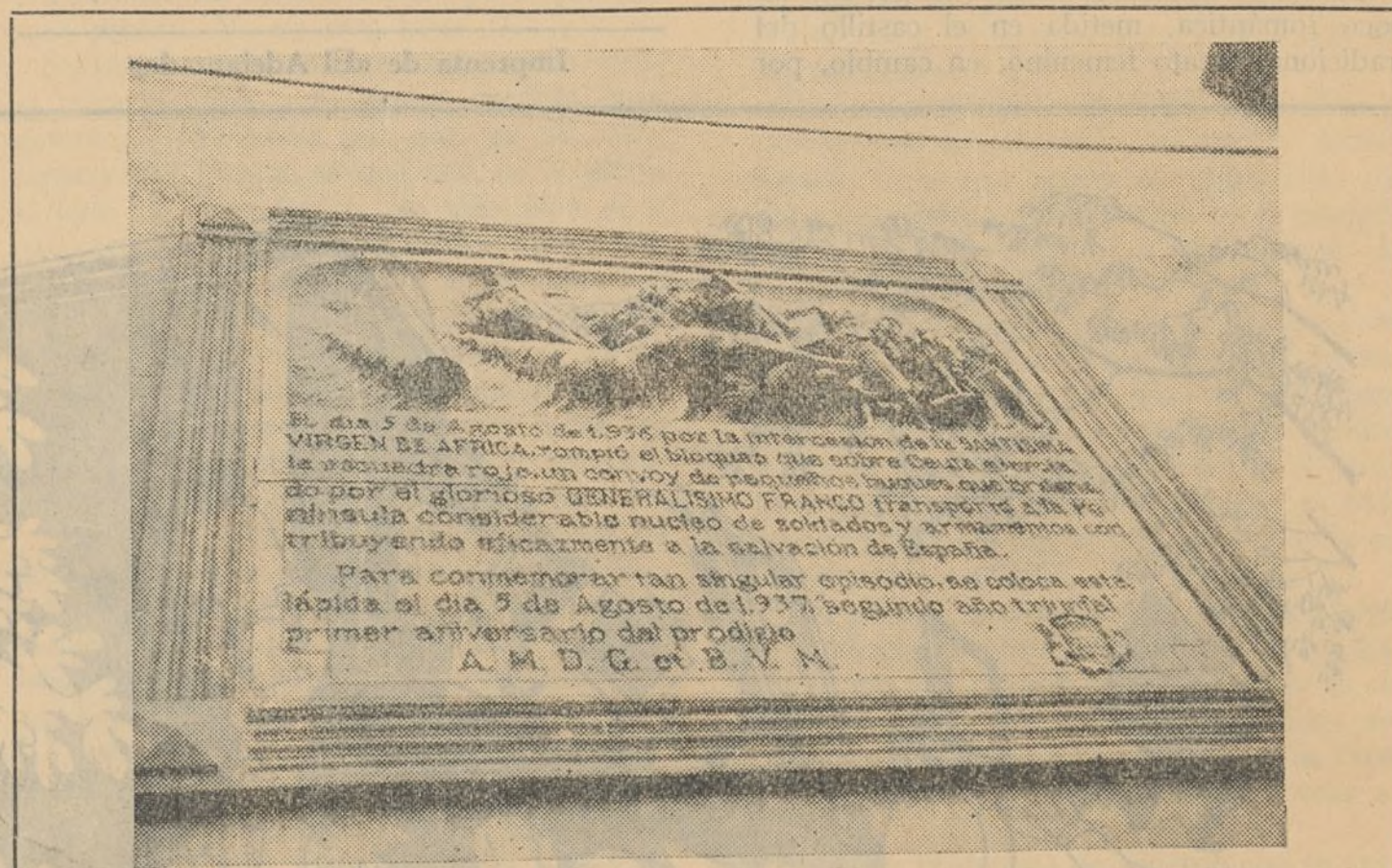
El enemigo ataca, resiste y lucha. Pero nuestro Ejército es superior en valor, coraje y fuerza, y precisamente por eso vence; pero además nuestros muchachos defienden una causa justa y noble. Por eso, además de la supremacía material sobre los rojos, tienen esa otra gran ventaja.

Pero conste, y es conveniente decirlo y repetirlo, que nuestros éxitos, continuos y grandes, se ganan con mandos, con soldados y con sangre.

UN RETAGUARDISTA

LA GUERRA UNE Y DA COHESION A LOS QUE UN SISTEMA POLITICO HABIA ARTIFICIALMENTE SEPARADO.

(Franco.)



¡Efemérides gloriosas de España! Su heroica rebelión es espíritu y acción. Las rutas del mar la cierra un enemigo cauteloso y artero, pero la inteligencia clarividente de los mandos y el arrojo, tal vez temerario, de los hombres, saben abrirlas para la Patria. Un grupo de valientes, tensa el alma y de acero los cuerpos, acomete la hazaña. Y la fé allana esta vez los abismos del mar, apaga el fragor de olas y corrientes y ciega la vigilancia del bloqueo.

El pequeño convoy marítimo, por intercesión de la Santísima Virgen de Africa, avanza en su empresa y logra arribar a las costas nacionales del Estrecho para tender una gigantesca cabeza de cabeza de puente que salve, con Andalucía, los destinos de una rebeldía santa.

Una sencilla lápida perpetua, en Ceuta, esta épica conquista del Estrecho de Gibraltar, camino de mundos y encrucijada de civilizaciones, y pregonera como airón de leyenda el esfuerzo viril de unos hombres que van modelando en la carne viva y palpitante de España, su unidad, su libertad y su grandeza.

El paso del Estrecho

Y España se puso en pie. Al conjuro de los anhelos de una Patria mejor y más digna, los españoles se alzaron contra el Gobierno que los deshonraba, prendiendo en sus almas jóvenes, sedientas de un ideal de justicia y de amor, la semilla de una santa rebelión. Por los campos calcinados de Castilla, de Aragón y de Andalucía las primeras escuadras de camisas azules, presentidas de gloria, hacían su heroico aprendizaje.

El Ejército de África, templado en la rigida disciplina castrense, había dado el grito inicial de la epopeya y, sofocados los núcleos de resistencia marxista, se preparaban para acudir en socorro de sus hermanos de la Península.

Una orden criminal e inhumana del titular de Marina del Gobierno de Madrid segó en flor las ilusiones liberadoras de lo mejor de nuestra Marina de guerra y las máquinas bélicas del mar, hechas para la seguridad y la defensa de España, se trocaron en signos de baldón e ignominia.

El puerto de Ceuta quedó bloqueado por las unidades de la antipatria y se abrió un trágico paréntesis en el que parecía iban a frustrarse las esperanzas más halagadoras de aquel momento.

Pero la forzada y brevísima espera no dió lugar a la más mínima vacilación. La voz serena y firme del Caudillo dió la orden de adelante y un minúsculo convoy de pequeñas embarcaciones con las fuerzas más arduas y entusiastas de nuestro Ejército de ocupación—henchido el corazón de entusiasmo y de fe en Dios y en los destinos de España—puesto bajo la protección de la Santísima Virgen de África, logró burlar la vigilancia enemiga y arribó incólume a las costas andaluzas.

El bloqueo estaba roto, forzado el paso del Estrecho de Gibraltar y con ello resuelto un problema de gran trascendencia táctica y estratégica.

Así, con esta sencillez de las cosas grandes, cuando a su logro cooperan el entusiasmo encendido de un deber, el temple frío y enérgico de una juventud y el sacrificio consciente por una consigna inapelable, se escribió en el libro de la Historia una de las páginas más brillantes de nuestra guerra.

El día 5 del actual mes de Agosto se conmemora el segundo aniversario de este episodio ejemplar, que unió en victorioso abrazo a nuestros hermanos de África con los que en territorio peninsular habían asumido la tarea de redimir nuestra vida y nuestras conciencias.

¡Camaradas y españoles caídos en esta empresa: España recoge vuestros cuerpos rotos y los glorifica con un abrazo maternal, suprema recompensa del deber cumplido!

Zapadores-Minadores

HIMNO

I

Zapador minador valeroso,
soy de España, mi Patria inmortal,
que en vanguardia pelea orgulloso
en defensa de un santo ideal.

Mi bandera de sangre y de oro,
vieja enseña de gloria y honor,
para mí es un precioso tesoro
por el que mi sangre daré sin temor.

Ingeniero zapador,
con tu pala y hazadón
haces puesto inexpugnable
de la nueva posición.

Ingeniero zapador,
bajo balas y metralla,
en medio de la batalla,
trabajando con valor.
Ingeniero zapador,
tú serás siempre el mejor.

II

Mi glorioso patrón San Fernando
me protege y me infunde valor;
el castillo mi frente adornando
es orgullo del fiel zapador.

La trilita y el pico manejo,
y el fusil, si es preciso luchar;
de las tropas el paso despejo,
destrozo alambradas cuando hay que luchar.

Ingeniero zapador,
con tu pala y hazadón
haces puesto inexpugnable
de la nueva posición.

Ingeniero zapador,
bajo balas y metralla,
en medio de la batalla,
trabajando con valor.
Ingeniero zapador,
tú serás siempre el mejor.

Experiencia y juventud

Es aquí, en plena sierra, donde se comentan piensan las cosas más dispares, durante el rato de aburrimiento, en que no hay que hacer guardia, ni ir a por el rancho, ni lavar la ropa, ni escribir cartas; es decir esa hora, después del mediodía en que a la sombra del parapeto, no se puede dormir—aun teniendo ganas—por el excesivo calor que hace dentro y fuera de la chavola.

Hoy ha comenzado lo que pudiéramos llamar tertulia por una carta mugrienta que uno de nosotros conserva como recuerdo de un avance algo lejano ya. En ella decía una señora de Madrid a un sobrino miliciano de Mangada, que tuviera cuidado por la sierra, porque como la juventud era tan alocada y falta de experiencia pudiera ocurrirle alguna desgracia. No sabemos lo que el miliciano rojo que recibió esa filosófica misiva contestó—si le dió tiempo—; pero sí podemos afirmar que ninguna tarde hemos tenido tanto aire de pensadores, como después de leer esa carta.

Porque el concepto que esa parienta del miliciano de Mangada tenía de la juventud, es el mismo que antes merecíamos a todo el mundo que pasaba de los cincuenta y cinco años. Y es, por qué no decirlo, el mismo que siguen teniendo algunas personas—aun hoy mismo—al creer que nosotros por ser jóvenes y carecer de esa manoseada experiencia, podamos sólo ser autores de magníficas gestas en que el valor sea factor principal. Es decir, que, temerosos de que nuestros impulsos y energías hoy empleadas en la guerra se enfoquen una vez terminada, hacia una labor de gobierno, se asustan presumiendo ya de que con la demostración palpable de lo poco que ha servido su experiencia, vamos a sonrojarnos y vamos a impedirles el seguir utilizando esos argumentos, en los que se han escudado múltiples veces.

Aparte de que habría que ver también, si es cierto que la experiencia es tan necesaria como ellos argumentan. Porque, señores setentones, ¿olvidan quizás que hasta ahora la juventud ha estado ausente en toda misión rectora del país y que sólo han sido personas muy sedudas las que regían y mangoneaban el mismo, hasta la iniciación del Movimiento? Y no es que nosotros—este grupito tumbado a la sombra del parapeto—achaque todos esos desaciertos de antaño, precisamente a la experiencia de quienes ocupaban los cargos públicos, no; pero es que da la casualidad que cuando las barbaridades y los desaciertos eran más descomunales fué sólo la juventud—sin ningún señor sedudo o aviejado—quien tuvo que ponerse en guardia, primero y levantarse en armas después.

Ya sabemos nosotros, sin que nadie nos lo diga, que no tenemos experiencia, ni mucha falta que nos hace, porque a cambio de la misma poseemos un corazón fresco con el que presentimos los errores, que la experiencia no ve hasta que no están encima. Y por presentirlos y por energías suficientes para afrontarlos, están bien patentes los aciertos enormes de esta generación joven, que ha ganado una carta decisiva para España. Y porque esta guerra no gasta nuestra mocedad, sino que sirve a la misma de entrenamiento, es por lo que debía dar un poco de vergüenza a cuantos—que son gran número—tienen de nosotros el mismo concepto que la señora de la carta dirigida al miliciano de Mangada.

Véase, sino que el fundamento de la nueva España—esos magníficos 26 puntos de la Falange—fueron escritos por jóvenes sin experiencia—como ya se les dijo muchas veces—mientras que todas aquellas Constituciones se debían a la experta chochez de viejos amargados y aun de algún que otro jovencuelo, que le faltaba corazón y hombría suficiente para sentirse joven.

Un grupito de pensantes

Robledo de Chavela.

«LA NUEVA ESPAÑA REPRESENTARA A LA GRAN FAMILIA NACIONAL, SIN AMIGOS, SIN AMOS NI VASALLOS, SIN POBRES Y SIN PO-
TENTADOS.»—FRANCO.

A mi ahijado

Mi buen ahijado: Me dices en la tuya que has estado con permiso y has pasado unos días estupendos. Mucho me alegra, aunque algo me duele el que no hayas venido a verme.

Te conozco por fotografía y esperaba, como sólo saben esperar las mujeres españolas, tu visita, ya que para mí eres el noble caballero que se lanzó al campo a defender el honor de su dama. En este caso, España.

Suponte, con lo tonta que yo soy, si no me habría forjado ilusiones de tu visita. Y no creas que soy una niña melindrosa; soy, eso sí, mujer que sabe conservar su dignidad; lo que no es obstáculo para que tu viaje fuera para mí una fiesta. ¡Con qué orgullo me hubiera paseado contigo por estas callejuelas y te hubiera presentado a mis familiares y amigas!

En fin, otra vez será. Desde luego, soy un poco romántica, metida en el castillo del tradicional recato femenino; en cambio, por

esas tierras por donde has estado—aquí también hay algo de eso—existen muchas desprecupadas que no se han dado cuenta de que la guerra cuesta a cada momento muchas lágrimas.

Qué pesada estoy, ¿verdad? Hasta la tuya, queda como siempre rezando por ti y por España, tu madrina

MARUJA

Y POR ULTIMO, A ESA JUVENTUD
HEROICA QUE EN LAS TRINCHERAS
LUCHA, A ESOS BENEMERITOS SOLDADOS
QUE EN LOS FRENTES RESISTEN
ALEGRES LAS INCLEMENCIAS
Y DAN CON ADMIRABLE DESPRENDIMIENTO
SU VIDA POR ESPAÑA,
LES AFIRMO QUE SUS SACRIFICIOS
SERAN FECUNDOS.—(Franco.)

Imprenta de «El Adelantado»

Partes no oficiales de guerra

Aparte del calor, que está a la orden del día en cantidad tal que hace recordar el que también pasarán en la retaguardia (donde aprieta lo suyo, por lo visto), y la cerveza que con este motivo correrá por los grifos de todos los bares, se ha apreciado estos días que el enemigo nos ha disparado unos diez o doce tiros más que de ordinario, lo que se debe según informes a que como son tampoco amigos de la limpieza, antes de pasar revista de armamento hacen dos o tres disparos para que desaparezca un poco la morroña de los cañones de sus fusiles. (¡Si vieran cómo relucen los nuestros, siempre preparados para el avance!)

Durante las últimas noches han aumentado los diálogos de trinchera a trinchera, en los que nuestros soldados con un excelente buen humor toman el pelo a los rojillos, que como también pasan mucho calor—y algunas sofoquinas—les hemos recomendado que lo mejor para estar frescos es quedarse metidos para siempre en las aguas del Ebro como les ha sucedido a sus compinches los rusos y los franceses. Deben estar un poco moscas porque ya no dicen todas las sandeces que hace unos días, motivo por el cual los oradores espontáneos que surgen desde las diez de la noche, arrecian con sus verdades de tal forma a los rojos, que ayer para hacernos callar, dispararon profusamente ráfagas de ametralladoras. Por cierto que hemos de lamentar una baja. La bocina que tenía uno de los nuestros, improvisada como buenamente pudo, la han agujereado de tal forma que parece una criba. Claro que es igual, con la voz de tenor que tiene seguirá diciendo las verdades sin bocina y seguirá exasperando a los esclavos de Lenin.

Como novedad digna de mencionarse, la vuelta de un cabo falangista que ha estado con permiso sesenta y dos días a consecuencia de unas heridillas. Viene con unos humos retaguardistas que no puede con ellos. Dice que si en su pueblo mangonean los mismos de siempre, aunque por lo visto ya no lo van a seguir haciendo en vista de las cosas que él les ha dicho. Que gracias a Dios y a las medidas del Gobierno los precios se sostienen al alcance de las fortunas de los que vamos con permiso. Y que él, que tenía cierta ojeriza a la retaguardia dice que está deseando volver por unos cuantos días, aun cuando aquí se tiene la ventaja de poder ir—mientras dura el calor—ligeritos de ropa.

¡Soldado!

Has de tener muy en cuenta que esta «Hoja» la haces para ti y para los que como tú están en los frentes de combate. Por tanto, evita que tus artículos sean amanerados y largos.

Más que nada explica la vida que haces. Lo que tú crees debe ser España en la paz. Si se cumplen para los tuyos las consignas del CAUDILLO, traducidas ya muchas en leyes.

Si no ves inmediatamente publicados tus artículos, no desmayes, es que son malos o que no les ha llegado el turno.

DIRECCION:

Para la Hoja LOS COMBATIENTES
SEGOVIA

RESPUESTAS MARXISTAS

—¡Qué hacéis!... ¿Robáis las obras de arte?

—No, únicamente las sacamos de los museos, de las colecciones y de más centros de perdición.